

## El juicio ajeno

■ Es natural que nos importe lo que se diga de nosotros. Todos, quien más quien menos, experimentamos la necesidad de ser aceptados y queridos y si esa aceptación y ese cariño alcanza a la admiración, miel sobre hojuelas.

Cuando eso que es natural se convierte en un vicio, es en el momento en que pasamos a depender de la opinión ajena, a buscar la alabanza a cualquier costo y, obtenida, entregarnos a su publicitación.

Caer en tal exceso denota inseguridad en lo que se es, una mayor valoración en la apariencia que en la realidad misma, una total desconfianza en su propio juicio.

Existe un tipo de personas que, por la naturaleza de su actividad, está constantemente expuesto a la reprobación y al elogio. Ellos son los artistas y los escritores que a diferencia de cualquier otro profesional, todo lo que realizan pasa por el tamiz de la crítica pública. Un abogado puede presentar un escrito lleno de vacíos legales y de pobres argumentaciones y eso no le valdrá que a los pocos días aparezca en los diarios un análisis crítico de tal escrito. Lo propio sucede con el arquitecto que se equivocó en los planos que ideó o el médico que realizó un mal diagnóstico, pero en cambio cuanto haga un artista o un escritor dentro de los límites de su actividad es merecedor de la crítica pública. Como contrapartida, artistas y escritores reciben públicos elogios que raramente se dicen en los diarios a quienes ejercen otros oficios.

Esta condición ha procreado una característica entre artistas y escritores de la que muy pocos carecen: la vanidad. Por lo general, ningún juicio positivo los halaga en demasía, pero el menor signo de reservas de un crítico, los hiere despiadadamente.

Ninguna otra clase de mortales suele proclamar los elogios que ha recibido en el curso de su vida. A lo más, los confidenciará con cierto rubor en una tertulia entre amigos. En cambio, escritores y artistas lo hacen descaradamente. Es muy raro ya que en una exposición plástica se nos entregue un

catálogo en el que, simplemente, se enumeren los cuadros exhibidos. Hay veces aún que hasta se omite esta enumeración. Lo que no puede faltar, sin embargo, son reproducciones de juicios alabatorios que se originaron en anteriores exposiciones y si el expositor es un artista bisoño, lo que se reproduce son laudatorias expresiones que alguna figura prominente le ha expresado en privado al artista, generalmente, a su propia solicitud...

Conozco un hombre de teatro, de prolífica mediocridad, que es un experto en el arte de redactar programas. Junto al necesario reparto, que ocupa una cuarta parte de él, el programa dedica las tres cuartas partes restantes en dar cuenta de lo que ha hecho anteriormente y de los elogios que ha captado, de tal modo que el espectador siempre termina por creer que el espectáculo que está viendo es apenas un traspiés en una exitosa carrera, cuando él representa la misma modesta calidad que nuestro hombre vanidosamente infla apoyado en la mala memoria del espectador.

Los escritores no andan a la zaga en este aspecto. Cuando el escritor es su propio editor — y el caso es frecuente entre nosotros — el lector debe pagar al comprar el libro no sólo la lectura de la novela, del cuento o el conjunto de poemas, sino una parte sustancial de elogios que alguna vez se le hiciera al escritor, sea espontáneamente o por compromiso.

Es fácil criticar estas muestras de vanidad entre escritores y artistas, cuando uno no se es. ¿Quién, pudiendo hacerlo, no gustaría que los demás conocieran las cosas agradables que se han dicho de nosotros?

Yo me pongo la mano sobre el corazón, y tengo que reconocer que me encantaría pasar volantes por las calles contando que mi comadre Gabriela me encuentra buenmozo; que mi amigo Pepe cree que soy muy inteligente y que mi mamá objetivamente y sin prejuicios de ninguna especie afirma que soy el más bueno y honrado de los hombres.

PARTIQUINO